
Poesía y religiosidad en los poemas del P. Denis Fitzpatrick

*Miguel A. Montezanti**

No es mi propósito evaluar la calidad poética de las composiciones del P. Denis. No siendo el inglés mi lengua nativa me siento inhibido para el juicio. Con todo, y aunque más no sea del aspecto que se puede considerar formal, veo en él un interesante manejo de las rimas, del vocabulario, de las alusiones cultas, del ritmo.

En cuanto a lo que habitualmente se llama el fondo o el contenido, no discutiré si el poema es o no un pretexto para transmitir esta o aquella postura religiosa o de otra índole. Mas bien por ese motivo no me demostraré especialmente entusiasta de la subordinación de la poesía a la fe religiosa. No me puedo persuadir de que el P. Denis haya resuelto construir poesía para dar testimonio de su fe. El impulso que lleva a ejercitar la poesía es más poderoso que la fe, la ideología, la convicción política, racial o de otra índole. Pero el hecho innegable es que al P. Denis lo conmueven las verdades del cristianismo, como se comprueba en una cantidad de poemas. Por razones operativas dividiré los poemas en tres clases según sus temáticas. En primer lugar, poemas humorísticos, circunstanciales o existenciales, como "Infantry" o "Bo Peep". En segundo lugar están los poemas de declarada concernencia religiosa; así, por ejemplo "I am the vine", "Yo soy la vid", que evoca inmediatamente las palabras de Jesús cuando relaciona la vid con los sarmientos. Otro ejemplo es "The Christ on Cross", "El Cristo sobre la Cruz". Quiero decir que el título nos permite predecir cuál será el tema de semejante composición. Tampoco me ocuparé de estos.

Viene la tercera clase: en títulos casuales, a veces desconcertantes, cotidianos, los llamaríamos "normales" o "esperables". Empezamos a leerlos. Claro, el desarrollo tiene que ver con el título. Por ejemplo, ¿de qué nos hablaría un poema como "Ocean" que no sea del océano? Pero en estos poemas, casi a hurtadillas, se filtra una cuestión existencial y teológica. Algunas veces en un tono que llamaría confanzudo, en el sentido de que el poeta parece dirigirse a un vos conocido o familiar. La temática da un salto: de repente nos vemos lanzados a una cuestión teológica vasta y seria. En otras palabras, voy a detenerme en estos títulos llamémosles "inocentes" o "casuales" o "cotidianos",

*

en los cuales, de rondón, por así decirlo, o a hurtadillas, termina infiltrándonos la orientación religiosa, crística. Sabiendo la identidad del P. Denis podría agregarse católica, aunque en principio no se perciben huellas de diferenciación respecto de otras orientaciones del cristianismo.

Pero en "L'être et le néant", "El ser y la nada", semejante título nos remite a la filosofía existencialista: Sartre y Heidegger. El poema discurre por una serie de preguntas, dudas y respuestas. Coloquialmente se dirige al presunto interlocutor: "Tenés razón. Venimos de la Nada". Pero asegura que "el Ser nos creó, nos prestó altura": no es difícil imaginar que ese Ser es Dios.

El poema "Fears and Fantasies", "Miedos y fantasías" comienza, como suele en los poemas del P. Denis, con un tono casual, conversacional: "¿Cómo estás con tus miedos?" "No tan bien, ¿y vos?" El primero responde que cree haber encontrado la piedra filosofal, que cambia el bajo metal de nuestros pensamientos en oro lustroso. Ya percibimos la transformación que habrá de operarse. Pasa revista a horrores y terrores acontecidos en la historia. Y después de disquisiciones sobre estos y otros aspectos aparece "un hombre de Galilea", Jesús, claro, a quien se le atribuye una frase que no reconozco: "Never gently touch a needle / Grasp it like a man of mettle": "Nunca toques gentilmente una ortiga / ¡Tómala como un hombre corajudo!". Sobre el final del poema sobreviene la razón de aferrarse a la cruz que está en el medio (se entiende, entre las cruces de los ladrones que la flanquean). La Vida y el Amor clavados en un árbol, que proyectan luz para que continuemos nuestra vida. Se ha citado a Goethe y a Kipling, pero lo que predomina, inesperadamente, es el sentido de la cruz.

El camino hacia la vocación religiosa puede darse oblicuamente en un poema como "Bo Peep", que reconviene a Miss Beep, quien ha descuidado las ovejas y ellas se han ido al diablo. No hay una decisiva referencia evangélica, pero está claro que subyace la imagen del buen pastor, que da la vida por sus ovejas: hay que vigilarlas, lo que la Srta. Beep no ha hecho.

"Ocean", "Océano", discurre por la mitología marítima: Neptuno, las sirenas, los monstruos, Venus nacida de las aguas, el Titanic, los naufragios de galeones. Ya sobre el final el océano es el Infinito: "Nos hiciste para vos mismo, oh Mar: / nuestros corazones están sin descanso / hasta que descansen en Vos". El Mar es el todo que nos crea y recrea. Esta visión, que podría tener un tinte panteísta, no se condice con la fe del P. Denis: el mar metaforiza a Dios creador. La reflexión surge como Venus de las aguas. Dios aparece para darles sentido a todas las cosas,

Hay un poema cuyas referencias se remiten a un pueblito provinciano: "Mariano Benítez". Se refiere a lo agradable de las pampas, sus ovejas, los caballos y árboles de magnolias. Las pampas son infinitas y envolventes. Se trata de un "cielo terrenal" en el último verso, una apropiación de los conceptos antagónicos "cielo" – "tierra", que en esta tierra –la pampa– se compatibilizan

plenamente. Estas pampas serán el equivalente del cielo; tal vez la casa del cielo. Tal vez, el equivalente del océano, en el poema anterior.

Otro poema es "Replacement, "Reemplazo", alusivo a un presunto regalo de Navidad. Este paquete del regalo se relaciona con "Paz en la tierra", a modo de bendición evangélica. En todo caso el final, es otra vez sorprendente, porque lo que contiene el paquete es el Sagrado Corazón, destinado a reemplazar a un corazón acaso agotado y moribundo. Otra vez, como vemos, una manera sorpresiva de instalar el Reino de Dios en medio de la experiencia cotidiana. El corazón rige la Tierra y las estrellas. Hasta la venida del reino reinará pues ha pagado la suma de sangre. Otra vez el misterio cristiano se instala vivamente en la cotidianidad: el Sagrado Corazón es siempre nuevo.

Un título neutro o académico, "Shelley", que es el nombre del gran poeta romántico inglés, sirve para interpelarlo acerca de dolores, fiebres, desasosiegos. Valorizan el color negro que oculta la perla maravillosa. Aquí, súbitamente, acontece el pensamiento: sangra él para que todos participemos". "Él" es Jesucristo, claro. Entre comillas aparece una pregunta y, a modo de respuesta que le daría a Shelley: "Loco, ¿qué te pensás"? "y a continuación "¿Estarías de acuerdo en dejarte clavar en un árbol?"; es decir, el autor del poema muestra salir a cruzarse con el poeta romántico, visionario de espinas y sufrimientos, para interpelarlo sobre la "locura de la cruz", que menciona San Pablo y que nos deja atónitos y sin respuesta.

El extenso poema "Un tracto para los tiempos", "*The Tract for the Times*" desnuda el carácter grotesco, frívolo, desquiciado, de las propuestas tecnológicas como ofertas predominantes en los transistores, los yahoos, tentaciones de "imbéciles descarados". Valiéndose de pasajes provenientes de *Hamlet*, denuncia no sólo la putrefacción de Dinamarca sino de toda la sociedad moderna, construida con Ciudades de Pecado. Vendrán citas de Hobbes, "El hombre es un lobo para el hombre", del sacerdote y poeta George Manley Hopkins, de T. S. Eliot. Un río se lleva la basura desperdigada. Nombra al río Jordán, que conocemos como ámbito del Evangelio; nombra al Becerro Dorado, ídolo de los hebreos huidos de Egipto, al cual adoraron hasta que Moisés lo destruyó. Están los traficantes del templo, perseguidos y azotados por Jesús en el pasaje evangélico (pero Denis no lo nombra a Jesús aquí). Finaliza proponiendo el levantamiento de una Nueva Jerusalén en nuestros corazones y en nuestras mentes. Alude al Fénix, todo fuego, que está cobrando alas. Alude a una nueva vida que se levanta del sepulcro, probablemente la Resurrección de Cristo.

En el poema "Habla el silencio", "*Silence Speaks*", el famoso oxímoron del silencio más elocuente que el lenguaje expresado, el silencio se asombra de que la gente lo tema tanto. A continuación, descalifica formas bastardas de pseudomúsica, a la que llama "carnero batiendo el sonido", un ruido demente que enloquece al mundo. El Silencio ahora encumbra a su hermana, la Soledad, la cual es igualmente rehuida por el mundo. También se encuentra con el

Tiempo, un viejo de barba despeinada, que pasa. El Tiempo es un eterno presente. Los filósofos y los Santos oyen otras voces, u otra voz: la de la Eternidad. Ella es el refugio del alma, destino que comparten los poetas que tienen una voz interior. No se alude a Cristo, ni a Dios. Apenas se nombra a los santos. Pero es clara la identidad de la Eternidad: el Silencio habla y el poeta continúa preguntándose.

En “Hijos de Dios y Marineros”, “Sons of God and Sailors” unos y otros comparten la divinidad. Hay caos y confusión en la falta de Dios; pero casi a manera de exabrupto se rescata la figura de “El Hombre de Galilea”, que es leal y nunca tendería una trampa. Se define como el agua, imagen recurrente en los Evangelios, pero aquí se habla de un agua donde no podríamos hundirnos. Al Océano pueden ir nuestras penas y debilidades. Habla Cristo, aunque no se lo contempla como tal. Pero la voz se define como fuente y como mar; y se dirige a los marineros, que son Hijos de Dios y adoptados “por mi Padre”: teología pura y cristiana. Los Hijos de Dios y los Marineros se confunden en lo que llamamos la confianza en la Providencia: de todo lo demás no vale la pena preocuparse.

Hacer una reseña de la presencia de la montaña en la literatura excedería los límites de esta exposición. Simplemente remito a las montañas a las que se alude en el Antiguo y Nuevo Testamentos. El P. Denis no toma la montaña en ese sentido desde el comienzo del poema. Más bien lo inicia desde ese tono casual, a modo (si se me perdona) de-quien-no-quiere-la cosa. Al avanzar el poema el poeta niega que en esta montaña reine la Oscuridad Negra. La mística está en camino. Esta montaña es ya el reino de la montaña: es el “Everest del corazón”, que ostenta “el oxígeno de la esperanza y la fe en nuestro alimento”. Es “el amor, la cuerda más fuerte”. La montaña se ha vuelto la montaña de Cristo, la montaña de Dios, aunque ninguno es mencionado en el poema: se trata de la montaña de la eternidad.

En el poema “El resto es inmaterial”, “*The Rest is Immaterial*” el poeta menciona distintos objetos, entre otros, a España. Ahora sí sobreviene lo que llamaré epifanía. El poeta prefiere “tales verdades eternas”. Frente a ellas –dice– el resto es inmaterial. Algo semejante sucede con “La Canción”, “*The Song*”. Aparecen alusiones interesantes y cultas, como “la música de las esferas” o la Sinfonía Pastoral de Beethoven, o “los Danubios Azules” (de Strauss). La “Canción de la Vid” evoca las metáforas de la vid mencionadas en el Evangelio. Así, sutilmente, se insinúan unas uvas pisoteadas y aplastadas para que fluya el vino de la Vida, que habrá de llenar el cáliz. El poema se ha colmado de connotaciones sacramentales.

Con parecidas resonancias retumba el poema “El Árbol”, “*The Tree*”. El árbol de la vida, una antigua imagen, termina siendo como esperaríamos, “la Cruz que tenés ahí adelante”. Su fruto, ahora sí imprevisiblemente, es “la Hostia Sagrada”. El P. Denis nos insinúa, casi de rondón, que las dos cosas convergen en Cristo, el Hijo de Dios encarnado, el Hombre-Dios, evidenciado en los sacramentos, especialmente el de la Eucaristía.

El poema “Tu offers ta vie en échange de notre mort”, claro está, remite al cristianismo. Pero el curso del poema no permite formularse la idea con total clarividencia unívoca. La pregunta del comienzo, “¿Quién no podrá deleitarse/ en cambiar lo viejo por lo nuevo?” es una pregunta retórica, polivalente, hasta que, apreciando las referencias, intuyamos mejor qué es lo nuevo y qué lo viejo. Así aparecen alusiones inciertas, que se irán aclarando sobre el final. Por ejemplo, la lámpara de Aladino, la mención de un comerciante, la imposibilidad de pronunciar un nombre y hasta la mención de una mercancía, que puede ser propiedad de Cristo-Dios, aunque en ningún momento se lo menciona.

Me interesa especialmente el poema “Conversion”. Es cierto que el sustantivo comporta generalmente un ámbito religioso; pero también es cierto que puede tener otras connotaciones. Lo cierto es que en el poema del P. Denis la vinculación con Cristo es sorprendente y tardía. El nombre está en el primer verso, pero a poco la primera persona poética asume un tono irreverente, desafiante: si la vida de Cristo valía treinta monedas, ¿cómo es que Él acepta el precio que le ha puesto Judas? Lo llama “tierno imbécil”, porque no ha rechazado que su vida fuera condenada por un beso falso. A modo de despecho, el poeta le dice a Cristo que se guarde su corazón sangrante. Entonces, nos replanteamos cómo es que se dice que Él (Cristo) venció a la Muerte. Lo llama a Cristo apostador y jugador. Le asegura que la vida “es una ruina, un pis estancado”. Lo induce a trepar una montaña y luego caerse, eso sí, hasta los brazos eternos. Cristo ha ganado la apuesta. El poeta culmina en “Cristo, mi Señor”. En otras palabras, el poeta se ha manifestado como incrédulo, engreído y hasta sarcástico ante la locura de la Cruz. Recordemos que San Pablo le sale al paso a los gentiles, quienes veían la redención por medio de la Cruz como una locura. ⁱSólo en la última estrofa, en el último verso, se producirá una epifanía y la explicación final de un Cristo a quien podremos llamar “Cristo Rey”.

Por último, una palabra sobre las traducciones. Siendo su fuente un texto en inglés, da la impresión de que la traducción debería elegir las formas el castellano peninsular. Según el biógrafo Eduardo Cormick el castellano del P. Denis Fitzpatrick era bastante deficiente.

Ahora bien: si pensamos en que su exposición al castellano ha tenido lugar predominante en la Argentina, no es desatinado sugerir que cuando hablaba “castellano” el P. Denis usaría las formas habituales o coloquiales de lo que se suele llamar castellano rioplatense.

Esta presunción, sumada a que el tono de muchos poemas, como acaba de verse, se distancia de lo solemne para asumir el tono de una conversación amistosa, justifica que la elección dialectal se haya volcado al castellano rioplatense.

ⁱ Así, por ejemplo, en *1 Corintios*, 1: 17-25.